

La reina, el 90 y el 91, se sirvió de madama de Lamballe de una manera menos vergonzosa, pero muy peligrosa; y la puso en camino de la muerte. Dispuso de su salón para recibir; en su casa ó por su conducto trató con los hombres más importantes de la Asamblea, á los que intentaba corromper; allí hizo que acudieran los periodistas realistas, los hombres más odiados, los que más podían comprometerla. De este modo daba á su amiga una importancia política que en ningún caso la habrían dado su carácter, su debilidad y su falta absoluta de capacidad. El pueblo comenzó á considerar á aquella mujer como á un gran jefe de partido. Lo único cierto es que poseía todos los secretos de María Antonieta, que la sabía por completo, no habiéndose dignado jamás ocultarse para nada de una amiga tan sumisa, tan débil y que la amaba á pesar de todo como quiere un perro á su dueño.

Aquella desgraciada estaba en seguridad cuando supo el peligro de la reina. Sin reflexión, sin voluntad, su instinto la llevó para morir si aquella moría. Estuvo con ella el 10 de Agosto, y con ella en el Temple. No la permitieron que permaneciese allí; la arrancaron del lado de María Antonieta y la encerraron en la Force. Entonces empezó á comprender que su abnegación la había llevado demasiado lejos, hasta una prueba que su debilidad no podía soportar. Estaba enferma de miedo. En la noche del 2 al 3, había visto partir á madama de Tourzel, y ella continuaba allí. Esto la anunciaba la suerte que la esperaba. Oía ruidos terribles, escuchaba y se escondía en su lecho como los niños que tienen miedo. A eso de las ocho, entraron bruscamente dos guardias nacionales: «Levantaos, señora; hay que ir á la Abadía.— Pero señores, prisión por prisión prefiero esta; dejadme.» Ellos insistieron y entonces les rogó que salieran un momento á fin de que pudiera vestirse. Al fin lo consiguió, pero no podía sostenerse; temblorosa se apoyó en el brazo de uno de los guardias nacionales; baja y llega ante aquel tribunal infernal. Vió á los jueces, las armas, la cara seca de Hibert y de los demás hombres ebrios y con las manos ensangrentadas. Cae y se desmaya. Vuelve en sí y torna á desmayarse. No sabía que muchas gentes deseaban ardientemente salvarla. Los jueces estaban predispuestos en su favor; entre aquellos mismos que la trataban con rudeza, hasta entre los asesinos, la habían procurado amigos. Todo lo que se necesitaba es que hubiera podido hablar un poco, que hubiera podido salir de su boca una palabra que se hubiese podido interpretar para motivar su salvación. Se dice que contestó bastante bien sobre el 10 de Agosto; pero cuando la pidieron que jurase odio á la monarquía, odio al rey, ¡*odio á la reina!* su corazón se encogió de tal modo que ya no pudo hablar; perdió la calma, se tapó los ojos con las manos y se volvió hacia la puerta. En el momento en que la franqueaba, encontró á un tal Truchon, miembro de la Comuna, que se apoderó de ella, y por otro lado, un asesino, el gran Nicolás, la cogió también. Los dos, y otros más, habían prometido salvarla. Hasta se dice que varias gentes de su

servidumbre se habían mezclado entre los sacrificadores y la esperaban en la calle: «Grita. ¡Viva la nación!, la decían, y no te haremos daño.»

En aquel momento distinguió en un rincón de la calle de San Antonio algo horrible, una masa blanda y sangrienta, sobre la que uno de los asesinos pateaba con sus zapatos claveteados. Era un montón de cuerpos desnudos, blancos, que habían amontonado allí. Sobre ellos debían poner la mano y prestar juramento: aquella prueba era demasiado fuerte. Se volvió de espaldas y gritó: «¡Ah! ¡qué horror!»

Sin duda había entre los asesinos, fanáticos furiosos, que después de haber matado á tantos inocentes desconocidos, se indignaban al ver á ésta, la más culpable, á su juicio, la amiga y la confidenta de la reina, que iba á ser perdonada. ¿Por qué? Porque era muy rica, y había sin duda mucho dinero que ganar si la sacaban de allí. Se asegura que en efecto se habían distribuido sumas considerables entre los que se proponían salvarla de la muerte.

La lucha, según las apariencias, se hallaba entablada por ella entre los mercenarios y los fanáticos. Uno de los más exaltados, un peluquero, Charlat, tambor de voluntarios, se dirige hacia ella, y con su pica la arranca su toca; sus hermosos cabellos se despeinan y caen. La mano torpe ó ebria que la había inferido este ultraje temblaba, y la pica la rozó la frente, brotando sangre; varios se arrojaron sobre ella; uno llegó por detrás y la tiró un palo, cayó y en el momento fué atravesada con varios golpes.

Apenas había expirado, cuando los asistentes, con una indigna curiosidad, que acaso fué la causa principal de su muerte, se echaron encima de ella para verla. Los observadores obscenos se mezclaban con los asesinos, creyendo sorprender sobre ella algún vergonzoso misterio que confirmase los rumores que habían circulado. La arrancaron todo, vestidos y camisa; y desnuda como la había creado Dios, fué expuesta en un rincón á la entrada de la calle de San Antonio. Su pobre cuerpo, muy bien conservado relativamente (ya no era muy joven), atestiguaba por ella; su pequeña cabeza de niña, más conmovedora por su muerte, decía demasiado su inocencia, ó al menos demostraba claramente que no había podido ser culpable más que por obediencia ó exceso de amistad.

Aquel cuerpo lamentable permaneció desde las ocho hasta las doce sobre el pavimento inundado de sangre. Aquella sangre que brotaba de sus innumerables heridas, la cubría por momentos y la velaba hasta los ojos. Un hombre se colocó á su lado para contener la sangre y enseñaba el cuerpo á la multitud: «¿Veis qué blanca era? ¿veis qué hermoso cutis?» Hay que notar que esta última circunstancia, lejos de excitar la piedad, animaba su odio, considerándola como un signo aristocrático. Fué una de las que en la matanza ayudaba más á los asesinos en sus extraños juicios contra los que iban á matar. La frase: «*Señor de la piel fina*» era una sentencia de muerte.

Entretanto, sea para aumentar la vergüenza y el ultraje, sea por miedo á que los concurrentes se enternecieran, los asesinos empezaron á desfigurar el cuerpo. Uno llamado Girsén le cortó la cabeza; otro tuvo la indignidad de mutilarlo en el mismo sitio que todos debemos respetar ¡puesto que por él salimos todos!

Apresurémonos á decir que de aquellos dos bandidos, uno fué guillotinado más adelante como jefe de una cuadrilla de ladrones; el otro, Charlot, fué muerto en el ejército por sus camaradas que no quisieron tener en su compañía á un hombre tan infame.

Fué una escena horrible el verles partir de la Force, llevando en el extremo de las picas, por la ancha y triunfal calle de San Antonio, sus horribles trofeos. Una multitud inmensa los seguía, muda de admiración. Excepto algunos chicos y algunos borrachos que daban gritos, los demás iban horrorizados. Una mujer para no presenciar aquel espectáculo, se metió en casa de un peluquero; y he aquí que la cabeza cortada llega á la tienda y entra... Aquella mujer anonadada por el miedo cae de espaldas; felizmente cayó en la trastienda. Los asesinos arrojan la cabeza sobre el mostrador y dicen al peluquero que es preciso peinarla; la llevaban, decían, á ver á su querida al Temple; no hubiera sido decente que se presentara así. Su capricho era, en efecto, obligar á la reina á que presenciase aquel suplicio atroz é infame, forzándola á que viese el corazón, la cabeza y las partes vergonzosas de madama Lamballe—¡aquel corazón que tanto la había amado!

El Temple inspiraba grandes temores. La intención de los asesinos, manifestada desde muy temprano, hizo temer á la Comuna dos cosas, en efecto muy funestas: ó que el rey y su familia, rehenes tan preciosos, fuesen degollados, ó que la Asamblea, para protegerlos, autorizase una requisita de armas que hubiera proporcionado á los realistas un pretexto para sublevarse. La Comuna envió á la Asamblea, envió al Temple. Los comisionados idearon un medio ingenioso para garantir al Temple evitando toda probabilidad de colisión; fué rodear la muralla con una sencilla cinta tricolor. Por muy críticas que fueran las circunstancias sabían perfectamente que la gran masa del pueblo respetaría aquella cinta y la haría respetar; varios, en efecto, según se dice, la besaron con entusiasmo. No era de temer que los sacrificadores se atreviesen á forzarla; ellos mismos no lo querían; sólo querían circular por bajo las ventanas de la familia real, haciéndose ver por la reina. No se atrevieron á negárselo; hasta invitaron al rey para que se asomara á la ventana en el momento en que la lívida cabeza, con sus largos cabellos, llegaba balanceándose sobre la pica y era elevada á la altura de las ventanas... Uno de los comisarios, por humanidad, se colocó delante del rey, pero no pudo impedir que la viese y la reconociese... El rey contuvo á la reina que iba á asomarse, y la evitó tan espantosa visión.

El paseo continuó por todo París sin que nadie opusiese el menor obstáculo. Llevaron la cabeza al Palacio Real, y el duque de Orleans,

que estaba comiendo, se vió obligado á levantarse de la mesa y á asomarse al balcón para saludar á los asesinos. Era una amiga de la reina, una enemiga suya por consecuencia. Vió también el porvenir y lo que él mismo debía esperar muy pronto, y volvió á entrar aterrado. Su querida, madama Buffon, exclamó juntando las manos: «¡Dios mío, también llevarán mi cabeza por las calles!»

Aquel triunfo de la abominación, la infamia y la insolencia de un pequeño número de bandidos que obligaba á todo un pueblo á ensuciar así sus ojos, produjo una violenta reacción de la conciencia pública. El pesado velo de terror que cubría á París pareció que por un momento iba á descorrerse. Los ministros de la Guerra y del Interior fueron á pedir á la Asamblea medidas de orden y paz, no en nombre de la humanidad (nadie se atrevía ya á pronunciar esta palabra), sino en nombre de la defensa.

El enemigo avanzaba, acababa de tomar á Verdun. Este suceso, negado, afirmado, vuelto á negar, fué anunciado esta vez de una manera oficial. El enemigo avanzaba, marchaba hacia París é iba á encontrarle en el estado de extrema debilidad que sigue á una orgía sangrienta, en el innoble despertar de un día de embriaguez furiosa, embrutecido por el miedo, borracho de sangre.

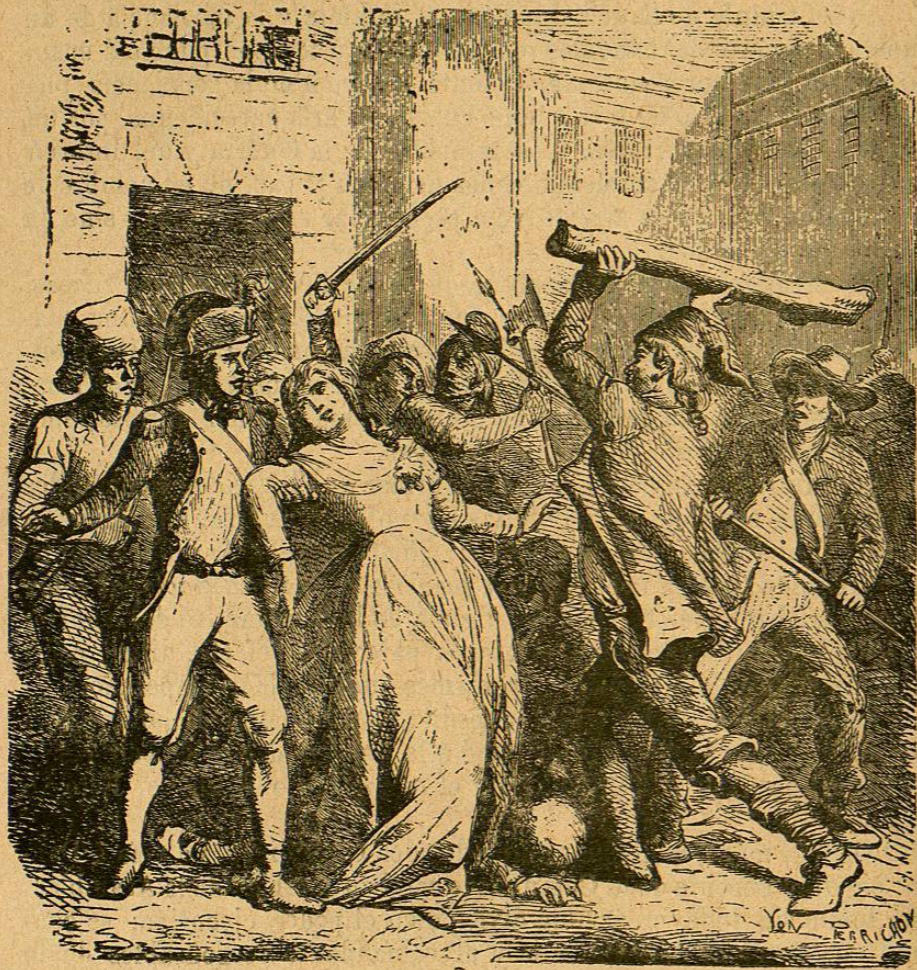
Los ministros tuvieron razón al afirmar que los excesos cometidos en París eran producto de la debilidad y no de la fuerza, que eran un obstáculo, una traba para la defensa; pidieron que la Asamblea continuase reunida toda la noche, y *que pusiera la guardia nacional sobre las armas*. No hicieron mención alguna de la Comuna, ni del comandante de la guardia nacional Santerre; parecía, en efecto, difícil pedir que concluyesen la matanza á los mismos que la habían empezado.

La Asamblea no hizo lo que pedían los ministros Roland y Servan; no obró por sí misma, no llamó á la guardia nacional, pero constitucional, obró por la Comuna, por el comandante Santerre. Esto no era obrar.

No veía más que dos ministros, los dos Girondinos, no veía á Danton; siempre ausente de la Comuna, lo estaban también de la Asamblea. Esta temió sin duda crear una división en el poder ejecutivo; se contentó con declarar á la Comuna y al comandante responsables de lo que se hiciera; les ordenó, lo mismo que á los presidentes de las secciones de París, que fuesen á jurar á la barra que velarían por la seguridad pública.

Vana medida, tímida, insuficiente ¡un juramento, palabras! A lo que el ministro Roland añadió otras palabras, una carta que había escrito su mujer sin duda, y que hizo leer en la Asamblea. Era más valerosa que hábil; amenazaba á París. En aquel momento en que la defensa pedía la mayor unidad, en que era preciso evitar todo lo que quebrantaba la fe en esta unidad, hablaba de separación. Decía que ya, sin el 10 de Agosto, «el Mediodía, lleno de fuego, de energía, de valor,

estaba dispuesto á separarse para asegurar su independecia, y que si en París no había libertad, los prudentes y los tímidos se reunirían para establecer en otra parte el centro de la Convención.» La carta reflejaba visiblemente las conversaciones de Barbaroux y de madama Ro-

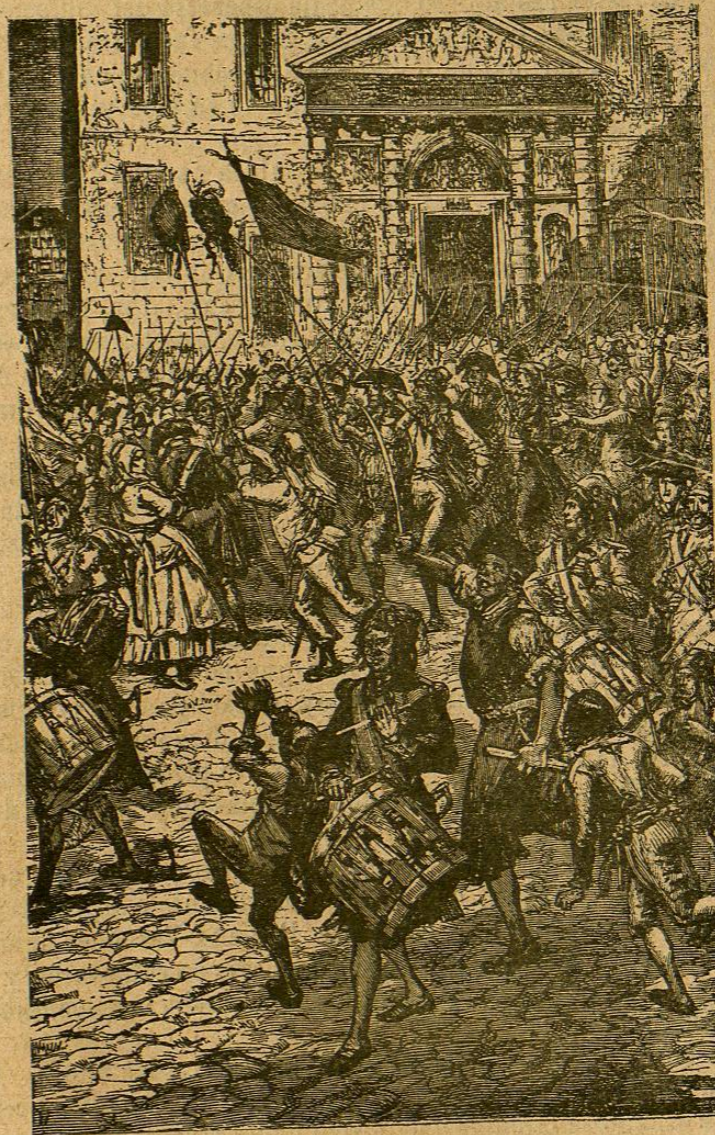


Muerte de la princesa de Lamballe (Pág. 237)

land. Había imprudencia en provocar así el amor propio de París, injusticia en reprocharle los excesos que le mortificaban más que á nadie, excesos cometidos por un pequeño número, por hombres que, en su mayor parte, no eran de París.

«Ayer, decía la carta, fué un día sobre cuyos acontecimientos hay que correr un velo; sé que el pueblo, terrible en su venganza, comete una especie de justicia...» ¡Débil, demasiado débil condenación de tan-

tos atentados á los que alaba al censurarlos!... Hay que tener en cuenta, sin embargo, que esto fué escrito el 3 de Septiembre; que Roland, que madama Roland estaban los dos bajo la amenaza de los puñales,



El paseo continuó por todo París sin que nadie opusiese el menor obstáculo (Pág. 238)

designados desde el 1.º de Septiembre por la noche, después de las acusaciones de Robespierre. Madama Roland, muy inrédida y sin ningún temor de la muerte, tenía otros, que ella misma confiesa, desgraciadamente muy natural; conocía á sus adversarios, su cobarde ferocidad,